

IMÁGENES CONGELADAS

Roberto Castrillo Soto

Una de las principales consecuencias de la expansión de los medios de comunicación de masas es la producción constante y masiva de estimulantes visuales, pero también su rápido desgaste a causa de la necesidad de renovación de las representaciones. Una densificación icónica que utiliza la imagen como objeto de seducción para un público consumidor al que se oferta una producción espectacularizada, a partir de unas imágenes que han adquirido el estatuto de fetiches mercantiles. Es la nuestra una civilización de imágenes generadoras de deseos de posesión de lo representado por ellas. Imágenes desde las que se construye el inconsciente colectivo, se modela una mirada asombrada hacia el escenario deslumbrante que representan y se impone un punto de vista único sobre la realidad. Ésta aparece entonces enmascarada tras el teatro de las representaciones. La realidad pierde progresivamente las posibilidades de ser experimentada físicamente. Incluso su visión ya ha sido efectuada previamente. La selección perceptiva queda anulada mediante su conversión en imágenes deslumbrantes, en sucesos sugestivos prefabricados sobre los que se constituye y se controla la opinión pública. Una selección manipulada de la realidad que descarga de responsabilidad al público, convertido en receptor pasivo de mensajes clausurados tanto en su origen como en su respuesta. Los límites entre las dimensiones de lo real y lo ficticio se difuminan. Todo aquello que no es representado, de lo que no se informa, no existe.

Es la nuestra una sociedad saturada de signos. Nuestra visión cotidiana y nuestra conducta se rigen por mensajes codificados y asumidos mediante la redundancia de sus cualidades visuales. Los productos se reconocen por ciertos signos cromáticos o formales asociados a su contenido. Esta imaginería forma parte indisoluble de los paisajes de existencia del sujeto contemporáneo, tanto en los escenarios exteriores como en el hábitat interior. Desde la arquitectura, los carteles o las señales de tráfico hasta el universo informático, la imagen televisiva o las imágenes ilustradas, la industria del espectáculo ofrece unas posibilidades casi infinitas e inmediatas de acceso a la información. El sujeto se ve invadido por estímulos difíciles de seleccionar y, en gran parte de las ocasiones, incapacitado para elaborar un juicio crítico individual ante la cantidad y el poder de sugestión de lo representado ante su soledad. La sociedad del espectáculo es también la producción de mentes acríticas, resultantes del control de los deseos.

La creación artística, parte integrante del universo visual, corre el peligro de disolverse entre esta multitud icónica y ha adoptado diversas estrategias de acción y distinción con respecto a otras industrias de la imagen. Entre ellas se encuentra la utilización de las mismas imágenes o recursos técnicos de las industrias del espectáculo. Una senda que abrieron los dadaístas en la época de las vanguardias históricas y que explotó y triunfó con el pop art a partir de los años sesenta del siglo XX. Los artistas pop salieron al encuentro de esos signos que envuelven diariamente al hombre contemporáneo con toda su carga de artificiosidad. Un movimiento artístico que se adentraba casi miméticamente

en las formas y comportamientos de una vida estetizada a partir del consumo universal y superficial de sus fetiches. Los abordamientos que el arte pop hace de la sociedad del consumo tienen un carácter especular y de apariencia frívola; sus productos son naturalezas muertas de un mundo vivido como artificio, imágenes congeladas de una vida entendida como ausencia, olvido y silencio.

Este es el universo sobre el que trabaja Santos Javier. Sus últimas producciones, entre las que se encuentra esta carpeta, han sustituido el pigmento líquido por la imagen fotográfica digitalizada e impresa. Un recurso técnico que acentúa su mirada congelante hacia la sociedad y sus paisajes. Todas las imágenes retratadas son esas naturalezas muertas en las que se desenvuelve el hombre contemporáneo. Naturalezas del silencio, el olvido y la ausencia. Su mirada se detiene sobre los espacios amplios de la arquitectura, concluida o en construcción, o sobre detalles de la redundancia y la repetición, acumulaciones del consumo o el desperdicio. En todas ellas actúa como un termómetro estetizante que gradúa el calor corporal de los cuerpos a través de sus tonalidades cromáticas. Una mirada analítica, espectral sobre los escenarios de una sociedad inmovilizada, de un sujeto paralizado en su soledad, extraño en su propio hábitat cotidiano.